

Edición y política en el Perú (1950-1960): los proyectos editoriales de Juan Mejía Baca y Manuel Scorza

Editing and politics in Peru (1950-1960): the editorial projects of Juan Mejía Baca and Manuel Scorza

Víctor Ramos Badillo

Universidad Nacional de San Martín

Buenos Aires, Argentina

Contacto: varamosb@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-7767-9651>

Resumen

En este artículo se desarrolla una aproximación panorámica al campo editorial peruano de fines de la década de 1950 e inicios de 1960, específicamente centrándose en los proyectos editoriales de Juan Mejía Baca, librero y editor de renombre que ha sido relegado de la historia cultural nacional, y de Manuel Scorza, destacado narrador peruano que también interviene como editor en la producción librera a partir de la impresión de libros en formato de bolsillo y de un tiraje masivo. Si bien este trabajo será un recuento muy limitado de sus principales proyectos en el Perú, también pretendo relacionarlo con otras dinámicas sociales y políticas que surgen paralelamente, las cuales repercutirán en las prácticas editoriales de dichos agentes del mundo del libro.

Palabras clave: historia del libro, proyecto editorial, política peruana..

Abstract

This article develops a panoramic approach to the Peruvian publishing field of the late 1950s and early 1960s, specifically focusing on the publishing projects of Juan Mejía Baca, a renowned bookseller and publisher who has been relegated from cultural history national, and Manuel Scorza, a prominent Peruvian storyteller who also intervenes as an editor in book production from the printing of books in pocket format and mass circulation. Although this work will be a very limited account of his main projects in Peru, I also intend to relate it to other social and political dynamics that arise in parallel, which will have repercussions on the editorial practices of said agents in the book world.

Keywords: book history, editorial project, Peruvian politic.

Recibido: 2022-06-03 / Revisado: 2022-09-23 / Aceptado: 2022-10-08 / Publicado: 2022-12-06

Sobre el campo editorial peruano de la década de 1950

Antes de hablar del contexto de la década de 1960, es preciso detenerse en la composición política del gobierno de los años cincuenta. El Perú, en ese entonces, iniciaba aquel decenio con un gobierno militar y autoritario, encabezado por el general Manuel Odría, una suerte de jefe político que dio un golpe de Estado en 1948 y se instaló en el poder hasta 1956. Si bien a su régimen se le denominó una «revolución conservadora» (Contreras y Cueto, 2013, p. 312), esto se puede comprender mejor si dividimos esta frase en dos grandes partes: por un lado, «conservadora», en el sentido económico-liberal, el cual reintrodujo las relaciones que los gobiernos precedentes mantenían con la oligarquía, de modo que daba un impulso preponderante a un modelo económico basado en la agroexportación y la inversión extranjera. Entretanto, la palabra «revolución», aparentemente, vendría a materializarse mediante la edificación de obras públicas para la clase trabajadora emergente, de carácter provinciano y migrante, aquella que viajaba de la sierra o la selva para instalarse en la capital, con el anhelo de «encontrar» mejores oportunidades laborales y educativas. Y fue justamente el área educativa donde este gobierno contribuyó notablemente pues inauguró una gran cantidad de colegios estatales, de tal modo que la ciudadanía de bajos recursos pudo visualizar esto como una oportunidad para poder acceder a una movilidad social que se volvía muy necesaria, ya que le permitiría sortear las dificultades inherentes a su procedencia de clase.

Asimismo, esta contribución a la conformación de espacios escolares también trajo consigo «una multiplicación de librerías y un auge en la circulación y venta de libros» (CERLALC, 1986, p.5). Justamente esto solo puede explicarse gracias al surgimiento de instituciones educativas básicas y superiores, puesto que estas contribuyeron a reducir el analfabetismo. Así, esta situación produjo un aumento de la cantidad de lectores, cuya consecuencia evidente fue un mayor impulso y demanda comercial de la producción editorial e impresa de la época. Ahora bien, como se acaba de observar, para llegar a la historia del libro es necesario mapear concretamente el contexto que se busca analizar, aunque ese no es el único elemento indispensable para enmarcar la propuesta. Chartier (1994) decía, acaso replicando el proceso de las mercancías, que, así como se parte del libro, el análisis debe ser complementado con una historia de la edición, para luego llegar hasta la historia de la lectura, eslabón que cerraría y complementarían el estudio netamente restringido a la materialidad impresa. Si bien esta formulación es teórico-académica, a través del lente colocado en las políticas públicas, promovidas en este caso por el Estado peruano en la primera mitad de los años cincuenta, esta información sirve como un indicador de alfabetización y, por tanto, de una idea de la dimensión de una población lectora en un momento específico, como aquel gobierno militar. En ese sentido,

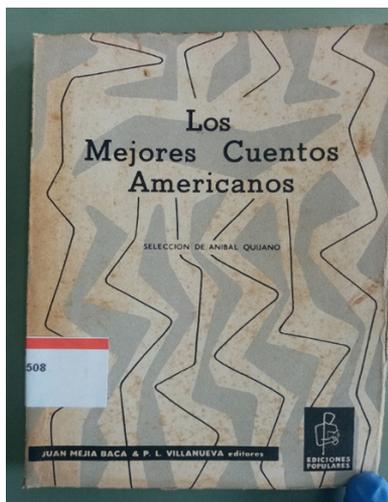
estas herramientas de carácter contextual también necesitan diseccionar qué elementos o patrones culturales se están poniendo en juego o disputa dentro de la conformación del campo editorial peruano, el cual no concordaría en gustos o intereses con otro campo de cualquier país europeo o, incluso, latinoamericano de la misma época. A continuación, se ampliará con mayor detalle este último punto.

Específicamente, en relación con el campo editorial, fue a mediados de la década de 1950 cuando se inició lo que Sánchez Lihón denominó las «ediciones populares» (1978, p. 48), una dinámica político-editorial que trastocó la típica circulación del libro a través del formato de bolsillo y con la difusión de clásicos universales y latinoamericanos en todo el territorio nacional (Sánchez Lihón, 1978). Antes de seguir, sería útil poner en perspectiva los números del incremento de las ediciones de libros durante la mitad de la década de 1950 en el Perú. Para 1954, «se publicaron 90 títulos, 109 en 1955, 86 en 1956, 63 en 1957, 327 en 1958, 246 en 1959» (Hirschhorn, 2005, p. 68). Como se aprecia en estos datos, hay una tendencia inicial creciente en las publicaciones, aunque de 1955 a 1957 se puede percibir un progresivo decaimiento en las cifras. Aquí se debe hacer un paréntesis, puesto que en 1956 finaliza el Ochenio de Odría, el cual da la posta, por la vía democrática, a Manuel Prado, quien asume la presidencia por segunda vez. Retomando el punto, ese retraimiento de las publicaciones en 1957, a un año de que Prado asumiera las riendas del país, puede explicarse gracias a las tensiones que todavía existían entre el régimen electo democráticamente y las presiones por parte de los militares en las decisiones gubernamentales. Sin embargo, para entender ese indicador también podría añadirse que en ello repercutió el impuesto al papel, mercancía importada y fundamental en el proceso editorial peruano. Justamente, el domingo 27 de marzo de 1957, en el periódico *El Comercio*, Juan Mejía Baca se pronunció sobre estos impuestos que desequilibraron la producción nacional. Según este, los aranceles serían una maniobra del gobierno para incentivar la compra de papel producido en el país; sin embargo, yendo más allá del testimonio de este editor y de Max Alfaro Southwell, presidente de la Sociedad de Impresores del Perú, la situación en concreto evidencia dos cosas: por un lado, la dependencia del mercado peruano del papel importado para abaratar los costos de los libros; y por otro lado, indirectamente se deja entrever la precariedad o la baja calidad del papel peruano o, en su defecto, el alto costo que supone, lo cual lleva a que los editores importen este material para manejar una economía rentable de sus proyectos. Cabe resaltar que este suceso marcha en paralelo a la planificación de proyectos editoriales para las grandes mayorías, por lo que no se busca poner en cuestionamiento el proceso editorial, sino constatar las marchas y las contramarchas que explican esa contracción en la producción editorial peruana en 1957.

Volviendo al hilo anterior, Sánchez Lihón menciona los primeros intentos de la edición de corte popular, aunque esto solo llega a concretarse con las experiencias de finales de los años cincuenta e inicios de los sesenta denominadas «Ediciones Populares», impulsadas por tres grandes personajes de la cultura impresa en el Perú: Manuel Scorza, director de la colección; y Pablo Villanueva y Juan Mejía Baca, dos editores reconocidos por sus apuestas editoriales a inicios de la década. Entre los autores que conformaron su catálogo se encuentran Ciro Alegría, Mariano Azuela, Horacio Quiroga, Jorge Icaza, José Hernández y Rómulo Gallegos. ¿Acaso esta muestra de escritores no revela la importancia que otorgaron los editores a títulos de fácil acceso o circulación editorial en un país que recién estaba forjando un amplio acceso a la educación en las grandes mayorías del país? Esta es una pregunta que se me viene a la mente ahora, puesto que en la historización de los catálogos editoriales a veces se pierde de vista reflexionar sobre estas prácticas editoriales que introdujeron Villanueva y Mejía Baca. Así, este breve repaso evidencia que la «lógica del campo editorial» está sometida a la «estructura del campo editorial en su conjunto» (Bourdieu, 1999, p. 224). De ahí que ambos editores hayan podido identificar aquella estructura vacía que debe ser suplida con libros de circulación popular, en un contexto donde la lectura iba incrementándose gracias a la implementación de políticas educativas.

Figura 1

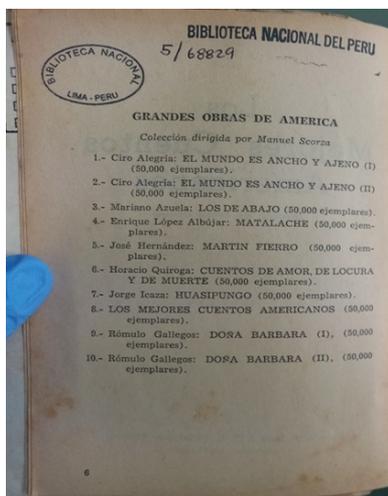
*Portada del libro *Los mejores cuentos americanos*, publicado por Populibros*



Nota. Fotografía de Víctor Ramos Badillo.

Figura 2

Lista de títulos de la colección «Grandes obras de América», publicada por Populibros



Nota. Fotografía de Víctor Ramos Badillo.

Ahora bien, respecto a la materialidad de la edición, conviene observar la fotografía de uno de los títulos que conforman la colección «Grandes obras de América», de Ediciones Populares (ver **Figura 1**). Al interior de las páginas se podrán constatar el tiraje y otros detalles, como el plan de publicación (ver **Figura 2**). Como se aprecia, hubo grandes tirajes de las Ediciones Populares, las cuales, según se muestra en la página, llegaron hasta los cincuenta mil ejemplares. El libro que mostramos recientemente es el volumen 8 de dicha colección, en la cual Aníbal Quijano, sociólogo peruano reconocido en la región, compiló relatos latinoamericanos de la época. Si bien en las últimas páginas no se muestra la fecha de la impresión, sino apenas el lugar de la imprenta, es posible colegir que la edición se realizó a fines de la década de 1950, puesto que en la antología se cita la fuente de los cuentos incluidos, muchos de los cuales habían sido recientemente publicados en distintas casas editoriales latinoamericanas. Volviendo al tema del tiraje, pese a que se ha remarcado que la educación permitió un acceso a la cultura del libro, estos datos deberían reflejarse y contrastarse con algunas estadísticas respecto a la lectura en el Perú, algo que todavía está pendiente. Sin embargo, cabe hacerse la pregunta de si ese tiraje de cincuenta mil ejemplares llegó a venderse por completo y si también se distribuyó internacionalmente para suplir la infructuosa venta nacional. Me planteo esta pregunta debido a que actualmente estas ediciones no son tan difíciles de conseguir en las librerías de viejo en Lima. Por ello, considero que

este proyecto editorial ambicioso, que pudo extenderse y replicarse en otros países de Latinoamérica —debido al impacto que generó en la organización de las colecciones—, tuvo también sus puntos ciegos, sobre los que se hablará a continuación.

Populibros peruanos: imprimir en la década de 1960

Respecto al contexto político peruano de aquel entonces, el mandato democrático de Prado solo alcanzó a gobernar hasta 1962, fecha en que sucedió otra vez una intervención militar para frenar el posible triunfo de Haya de La Torre en la segunda vuelta electoral, pues existía un veto de parte de las Fuerzas Armadas para impedir que el aprismo llegue al poder (Contreras y Cueto, 2013). Recién en 1963, se retoman las elecciones con el triunfo de Fernando Belaúnde Terry, un arquitecto que llegó a recoger las demandas de los sectores medios y populares. Su gobierno apeló a la modernización pendiente de la nación, lo cual implicó que estableciera cercanía con entidades internacionales, especialmente estadounidenses, como la Alianza para el Progreso, debido al surgimiento de la expansión del «pensamiento comunista», palpable en las guerrillas que iban surgiendo en toda América Latina en esa década, producto, claro está, del triunfo de la Revolución cubana, en 1959. Si bien existió esa desconfianza ante la irrupción del comunismo —esa prohibición de los libros «radicales» recién vendría en años posteriores, como se verá más adelante—, esto no fue impedimento para limitar la producción del campo editorial. El primer proyecto editorial masivo en la década de los 60 fue la colección Populibros, impulsada por el reconocido escritor Manuel Scorza. Como bien anota el historiador Carlos Aguirre, este nombre debe sus resonancias a un anterior proyecto editorial mexicano de similar nombre, aunque con textos de perfil sensacionalista (2017, p. 208). Según las estadísticas, fueron enormes los tirajes de los títulos que componían su catálogo, con respecto a la cantidad de lectores que existía en el Perú de aquella década. Como señala Aguirre, el problema que implicó este proyecto supuestamente democratizador fue la visión jerárquica de las condiciones de lectura para una sociedad que todavía tenía problemas de analfabetismo —no en cifras abismales, pero sí presentes aún—, además del cortocircuito que se estableció entre el imaginario occidental, que fomentaba la gran mayoría de los títulos impresos, frente al imaginario andino, que formaba parte crucial de los lectores en las distintas regiones o provincias del país. Aquí es muy pertinente recordar que antes de llevar a cabo una revolución del libro, implica desarrollar una revolución del *leer* (Chartier, 1994, p. 25). Esta sentencia es fácilmente aplicable al terreno peruano, puesto que los emprendimientos editoriales de Populibros debieron ceñirse a las condiciones socioculturales de Perú, y no solamente limitarse a reducir los costos del precio de venta final del libro. Si bien es cierto que la falta de acceso al libro en los 60 fue gracias al costo

elevado de los libros, ante lo cual Scorza logró democratizar el acceso económico a este bien cultural, por otro lado, la repercusión social que generaron sus títulos difícilmente consiguió remover los imaginarios del lectorado peruano. Queda pendiente allí trazar una historia de la lectura que complementa este apartado.

Sobre la quema de libros de 1967

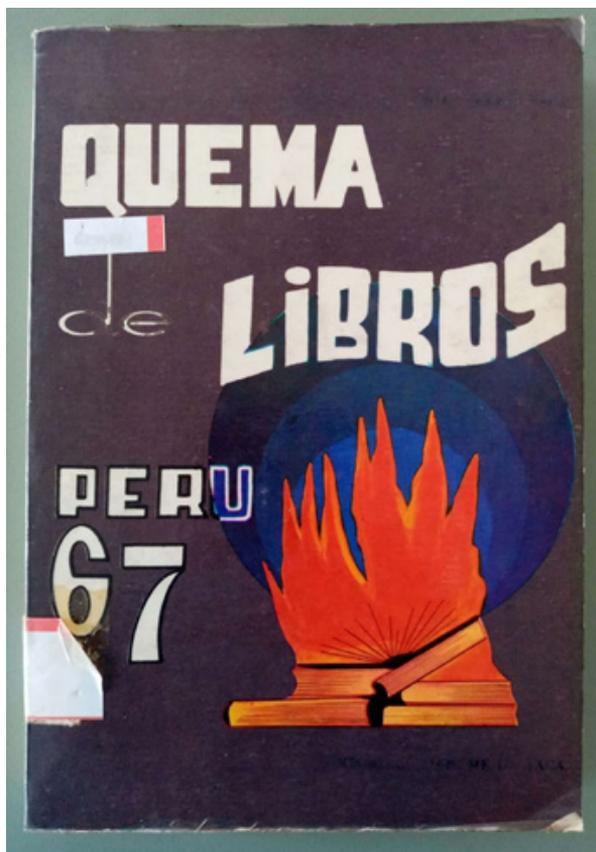
En la segunda mitad de la década del 60, específicamente en 1967, se realizó una confiscación y quema de libros durante el primer gobierno de Fernando Belaúnde. Este suceso hizo que el editor y librero Juan Mejía Baca se pronunciara y llegara a publicar un libro en 1980, titulado *Quema de libros: Perú '67*, el cual compila los recortes periodísticos relacionados con aquel incidente. Un dato útil para comprender cómo los sucesos del campo editorial pueden afectar el ámbito político es justamente la edición de este libro, puesto que, si bien la censura sucedió en el primer gobierno de Belaúnde (1963-1968), en 1980 este mismo postulaba con el fin de alcanzar su segundo mandato presidencial. Intuyo que dicha coyuntura electoral pudo haber llevado a Mejía Baca a compilar las noticias que circularon durante aquel incidente para, así, intervenir políticamente en el campo editorial, mediante la puesta en circulación del libro, con el objetivo de restarle votos y mostrar el rostro antidemocrático del partido Acción Popular —lo cual no pudo verse reflejado, pues Belaúnde ganó las elecciones—. Cabe señalar que la confiscación y la quema de libros fueron un mandato del Ministerio de Gobierno; incluso se conjetura que la orden directa fue del entonces ministro de Hacienda y Comercio, el general Francisco Morales Bermúdez, quien años después sería presidente del Perú durante la segunda etapa del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas (1975-1980). Por este motivo Morales Bermúdez recibió quejas de «librerías y editoriales asociadas» a la Cámara Peruana del Libro (Mejía Baca, 1980, p. 27). Entre los títulos que Mejía Baca menciona que se incineraron¹ se encuentran *La revolución teórica de Marx*, de Louis Althusser, y *China, el otro comunismo*, de Kewes Karol, ambos editados por Siglo XXI, en Ciudad de México, editorial dirigida por Arnaldo Orfila Reynal; así como otros del Fondo de Cultura Económica, como *Marx y su concepto del hombre*, de Erich Fromm, etcétera.

En los anexos al libro de Mejía Baca se añade una carta de solidaridad de Orfila Reynal, editor muy reconocido en el mundo hispanohablante. Este breve intercambio epistolar nos recuerda implícitamente que todavía queda pendiente reconstruir y analizar las redes editoriales que se tejieron entre el Perú y

1 Al hablar de incineración, se está hablando de manera indirecta sobre la censura, tema muy común dentro de la cultura del libro. Esta práctica sociocultural implica un control de las publicaciones, puesto que el Estado busca manejar de algún modo aquellas amenazas que atentan contra su monopolio de poder (Darnton, 2014).

Figura 3

Portada de Quema de libros: Perú '67



Nota. Fotografía de Víctor Ramos Badillo.

los demás países de la región durante el siglo XX. Solo así se podrá determinar qué papel cumplieron los libros difundidos por Orfila Reynal —incluso en la esfera nacional, gracias a las importaciones de Juan Mejía Baca— mediante su catálogo editorial, el cual servía de plataforma medular para la circulación transnacional de las ideas en el ámbito hispanohablante. Ahora bien, este vínculo entre lectores y novedades editoriales de la época debe ser comprendido no en un sentido maniqueo o unidireccional, sino en una situación dinámica en la cual los mismos sujetos intervinieron en el proyecto de distribución editorial a través del interés que generaban sus títulos en el circuito de libros peruanos.

Conclusiones

Si bien en este texto se han abordado a grandes rasgos los entrecruzamientos entre edición y política en estas dos experiencias particulares, todavía resta un análisis pormenorizado de ambas etapas. En el último tema planteado, por ejemplo, es indispensable reconstruir la historia de la censura operada durante el primer gobierno de Fernando Belaúnde Terry. Esta «represión de libros» de corte marxista o progresista tan solo «muestra cómo el Estado enfrentó a la literatura en el espacio social cotidiano» (Darnton, 2014, p. 10); sin embargo, algo que se le escapó de las manos al gobierno de turno fue que no tomó en cuenta de qué manera iba a ser mediatizado y replicado este suceso en la prensa local. Por otra parte, todavía queda pendiente una historia de la lectura de aquella década, que clarifique mejor, como señala Martín Barbero, esta «encrucijada» producida por un «proceso» de lecturas y «prácticas» (2008) editoriales que puso en marcha Mejía Baca, así como otras casas editoriales importantes, como Horizonte, por citar solo un nombre. Justamente, el elemento complementario de la historia del libro debe apuntalar la restitución de la lectura no como experiencia individual, sino en su dimensión de práctica cultural (De Diego, 2019), la cual convierte a los sujetos participantes (ya sea autores, editores, imprenteros y lectores) en agentes activos dentro de la cadena del libro. Todo esto implicaría, asimismo, una recomposición de las tensiones que atravesaba el mercado editorial peruano de la década de 1960, cuyo último eslabón sería el lector de a pie en el Perú, tanto en sus variantes cronológicas como socioculturales (Chartier, 1994). Solo de este modo se podrá avanzar en una mejor cartografía de las condiciones de producción de la cultura impresa peruana de la época, partiendo de las mismas situaciones concretas que ponía al frente la realidad social y política². La historia del libro y la edición es un eje temático que aún no ha sido desarrollado con amplitud por los académicos peruanistas. En ese sentido, espero que este artículo permita abrir caminos de investigación dentro de estos estudios todavía incipientes en este país.

2 Este artículo ha considerado la metodología denominada «giro material», la cual se basa en las experiencias sociohistóricas a partir de la objetivización de sus productos culturales, con énfasis en las características de la materialidad de estos últimos. De este modo, a partir de ello se pueden tejer relaciones entre los diversos objetos culturales que comparten un mismo contexto de producción, circulación y consumo, así como reconstruir el campo cultural específico que se está tratando. Así, si bien la descripción es un componente amplio dentro del proceso de investigación, esta no deja de ser primordial para la explicación de la vida social y cultural de ciertos fenómenos en los que el libro ocupa un lugar central como mercancía y tiene un papel simbólico dentro del espacio social (Saferstein, 2013). Ello ocurre, sobre todo, en la vida cultural del siglo XX peruano, donde destacan editores importantes como Carlos Milla Batres, el mismo Mejía Baca, entre otros.

Referencias bibliográficas

- Aguirre, C. (2017). Vamos a quitarle el frac al libro, vamos a ponerlo en mangas de camisa: el proyecto editorial «Populibros peruanos» (1963-1965). *Políticas de la Memoria*, 17, 204-222.
- Bourdieu, P. (1999). Una revolución conservadora en la edición. En *Intelectuales, política y poder* (pp.223-267). Eudeba.
- Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe-CERLALC (1986). *El libro en el Perú. Situación y perspectivas*. Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe.
- Chartier, R. (1994). De la historia del libro a la historia de la lectura. En *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (pp. 13-40). Alianza Editorial.
- Contreras, C. y Cueto, M. (2013). *Historia del Perú contemporáneo. Desde las luchas por la Independencia hasta el presente*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Darnton, R. (2014). *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura*. Fondo de Cultura Económica.
- De Diego, J. (2019). Editores, políticas editoriales y otros dilemas metodológicos. En *Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición* (pp. 53-79). Ampersand.
- Hirschhorn, G. (2005). *Sebastián Salazar Bondy: Pasión por la cultura*. Institut français d'études andines, Embajada de Francia en el Perú, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Martín Barbero, J. (2008). *Políticas de la comunicación y la cultura: claves de la investigación*. Fundación CIDOP.
- Mejía, J. y Southwell, M. (27 de marzo de 1957). El nuevo impuesto al papel. *Suplemento dominical de El Comercio*.
- Mejía Baca, J. (1980). *Quema de libros: Perú '67*. Edit. Juan Mejía Baca.
- Saferstein, E. (2013). Entre los estudios del libro y la edición: el «giro material» en la historia intelectual y la sociología. *Información, cultura y sociedad*, (29), 139-166.
- Sánchez Lihón, D. (1978). *El libro y la lectura en el Perú*. Editorial Mantaro.